

JOSÉ ANTONIO MONTERO JIMÉNEZ

EL DESPERTAR DE LA GRAN POTENCIA

Las relaciones entre España
y los Estados Unidos
(1898-1930)

BIBLIOTECA NUEVA

Índice

PRÓLOGO, por Antonio Niño Rodríguez	9
AGRADECIMIENTOS	13
INTRODUCCIÓN	17

PRIMERA PARTE

Del *Desastre* a la Gran Guerra (1898-1914)

CAPÍTULO I.—Entre el rencor, el olvido y las buenas intenciones. Una relación en transición (1898-1914)	37
Los Estados Unidos, nación viva	37
España, país moribundo	39
Imágenes mutuas ambivalentes	41
Las relaciones bilaterales. Viejos y nuevos sentimientos	47

SEGUNDA PARTE

La Primera Guerra Mundial (1914-1918)

CAPÍTULO II.—Firmeza frente a debilidad. Los Estados Unidos y España ante la Primera Guerra Mundial (1914-1918)	61
El wilsonianismo y la Gran Guerra	61
Prestigio vs realidad. España y la Primera Guerra Mundial	68
De país exótico a neutral bajo vigilancia. Imágenes de España en el Departamento de Estado	74
¿Idealistas o pragmáticos? La imagen de los Estados Unidos entre la diplomacia española	84
CAPÍTULO III.— Necesidad y negocio. Las relaciones bilaterales durante el período de neutralidad norteamericana (1914-1917)	95

El inicio de la guerra y la entrevista entre Alfonso XIII y Joseph Willard	95
España y los Estados Unidos frente a las presiones de los beligerantes	97
Las relaciones comerciales y financieras. De socios distantes a colaboradores interesados.....	110
España y los Estados Unidos como campeones de la paz. Dos rivales en busca de prestigio.....	133
CAPÍTULO IV.—La impotencia de un neutral. Las relaciones bilaterales durante la beligerancia norteamericana (1917-1918)	
La entrada de los Estados Unidos en la guerra	149
La guerra submarina alemana y las presiones de los Estados Unidos	152
España ante el embargo de las exportaciones estadounidenses. Los acuerdos de marzo y agosto de 1918	173
La propaganda en las relaciones hispano-estadounidenses. La labor del Comité de Información Pública en España.....	203

TERCERA PARTE
Los años veinte (1918-1930)

CAPÍTULO V.—Aislacionismo, diplomacia del dólar y nacionalismo. España y los Estados Unidos en los años veinte (1918-1930).....	
Los Estados Unidos y el mito del aislacionismo.....	221
Entre la reivindicación y el conformismo. La política exterior de Primo de Rivera..	227
¿Es la democracia para los españoles? Imágenes de España en el Departamento de Estado.....	232
Los españoles ante la americanización y la Diplomacia del Dólar.....	241
CAPÍTULO VI.—El resurgimiento de la potencia media. Las relaciones bilaterales durante los años veinte (1918-1930).....	
La entrevista entre Wilson y Romanones.....	255
De Versalles a la cuestión marroquí. Los Estados Unidos frente a las evoluciones de la política exterior española.....	266
Choque de nacionalismos (1). Las relaciones comerciales hispano-estadounidenses en la década de los 20	296
Choque de nacionalismos (2). España, los Estados Unidos y las multinacionales norteamericanas	315
Pacifismo e hispanoamericanismo. El prestigio en las relaciones hispano-estadounidenses	350
El colofón de una época. La entrevista entre Yanguas y Hoover.....	360
TABLAS.....	363
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	375
Fuentes primarias	375
Prensa y Revistas.....	376
Bibliografía	377

PRÓLOGO

ANTONIO NIÑO RODRÍGUEZ

El siglo xx, se ha dicho a menudo, fue el siglo americano. Con ello se hace referencia al hecho incontestable de que ninguna nación ha ejercido en ese tiempo tanta influencia en el destino del mundo como los Estados Unidos. Una influencia que, además, se manifestó en diversos niveles: económico, ideológico, cultural y, por supuesto, político y estratégico. Ahora bien, esa hegemonía estadounidense sólo fue incontestable a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, y más exactamente cuando sus dirigentes se decidieron a practicar de forma duradera una política de potencia global para contener la amenaza comunista. La primera parte del siglo xx fue un largo período en el que los Estados Unidos ensayaron intermitentemente ese papel, con avances y retrocesos, con dudas y fuertes debates internos, mientras crecían constantemente los instrumentos de poder internacional a su disposición: sus recursos económicos, militares, políticos e ideológicos.

¿Por qué tardó tanto el país en asumir responsabilidades internacionales globales, y por qué lo hizo inicialmente de forma sincopada e intermitente? ¿Qué hizo que un país que ya poseía a finales del siglo xix los instrumentos necesarios para intervenir en los equilibrios de poder internacionales, renunciara a tener un puesto protagonista y permanente en el concierto de las grandes potencias? Este libro intenta dar una respuesta a estas grandes preguntas a través del análisis de un caso: el uso que hicieron los Estados Unidos de su poder en sus relaciones con España, una potencia menor del escenario europeo. José Antonio Montero desmenuza los múltiples vínculos entre los dos países y la actuación del Departamento de Estado en las relaciones bilaterales como un revelador de las contradicciones estadounidenses en aquella evolución hacia su posterior condición de potencia global y líder del sistema internacional. En los detalles concretos y en los conflictos de intereses secundarios, como se demuestra en este libro, se aprecian mejor los vaivenes de la política internacional estadounidense y sus cambios de orientación según cada coyuntura.

El autor discute uno de los argumentos más extendidos entre los autores norteamericanos, y seguramente también el más autocomplaciente: la lentitud y los vaivenes en asumir el papel de potencia global se explicarían por el peso de la peculiar cultura política del país, cuyos orígenes estaban ligados precisamente a la lucha contra la

dominación colonial de una metrópoli europea. De ahí una tradicional aversión a las políticas imperialistas o simplemente a la utilización descarnada del poder para adquirir ventajas en el concierto internacional. La herencia ideológica habría actuado por lo tanto como freno a la tentación de usar el poder y la fuerza, y como impedimento para embarcarse en una política de gran potencia. El coloso americano, según la afortunada expresión de Niall Ferguson, sería un «imperio en negación», que necesita imperativamente revestir de un contenido moral sus acciones en el exterior. El desarrollo de este argumento puede llevar a la tentación de considerar que la supremacía mundial ejercida finalmente por los Estados Unidos ha tenido un carácter más benévolo que la de sus predecesores.

Este es un mito que este libro contribuye a desmontar. El caso de las relaciones con España que aquí se estudia deja bien claro que la potencia americana podía ser tan ruda como cualquier otra potencia cuando se trataba de defender intereses considerados esenciales. Los Estados Unidos no se comportaron, en ese primer tercio de siglo marcado por las dudas, como una gran potencia carente de ambición e inclinada a las acciones altruistas. Muy al contrario, los dirigentes españoles experimentaron pronto las capacidades de presión y de chantaje que se ofrecían a la potencia dominante en una relación marcadamente desigual. El estudio de las relaciones con España, que inevitablemente implica también el análisis de las intervenciones en América Latina, destruye la percepción equivocada de unos Estados Unidos pasivos y abstencionistas en la política internacional del primer tercio del siglo xx.

Lo que sin duda ha confundido a muchos intérpretes de la política exterior norteamericana, como también les ocurrió a los coetáneos, es la peculiar alternancia entre una política moral, de buenas intenciones, que se decía promotora del pacifismo y del arbitraje, y las intervenciones descarnadas, aunque esporádicas, haciendo uso de toda la fuerza necesaria para imponer su criterio. Los españoles tenían una experiencia directa de ese comportamiento en la guerra de 1898 que acabó con la anexión de Puerto Rico, Filipinas y el protectorado sobre Cuba. Aquella intervención se justificó ante la opinión pública con todo tipo de razones humanitarias, pero acabó con anexiones territoriales y con el ejercicio de un imperialismo solapado pero no menos efectivo en el Caribe y en el Extremo Oriente. Este comportamiento también fue habitual en América Latina, donde los Estados Unidos decían intervenir como árbitros imparciales y en defensa del orden, para ejercer sobre algunos países una especie de protectorado efectivo, pero sin los inconvenientes de la ocupación territorial permanente de tipo colonial que practicaban los europeos en sus respectivos imperios.

Esta dualidad entre una política que pretendía basarse, por un lado, en principios morales —la renuncia al militarismo, el respeto al derecho y la denuncia del uso de la fuerza— y por otro las exigencias de los intereses estratégicos y comerciales de una potencia en expansión, causaba una gran perplejidad ya entre los contemporáneos, que se debatían entre la denuncia del imperialismo yanqui —sobre todo en Latinoamérica— y la admiración hacia el idealismo wilsoniano. Efectivamente, nunca fue mejor valorada ni generó tanto entusiasmo la política internacional de los Estados Unidos como en los años del mandato del presidente Wilson. Su gran logro fue sentar las bases de una nueva defensa ideológica de la acción estadounidense que acabaría imponiéndose entre sus clases dirigentes. Los ideales tradicionales de la sociedad norteamericana,

en especial la autoconciencia del excepcionalismo estadounidense, pasaron a justificar las intervenciones exteriores, mientras que antes habían servido para mantener el abstencionismo en los asuntos que no fueran estrictamente norteamericanos. Si el excepcionalismo alimentó hasta entonces el aislacionismo y había sido invocado para frenar las tendencias expansionistas de la potencia americana, a partir de ahora se convertiría en su mejor justificación. Wilson proclamó que la mejor estrategia para preservar el modelo de liberalismo y democracia americana no consistía ya en mantenerse alejados de las disputas europeas, sino en crear un nuevo orden mundial inspirado en esos mismos valores. La mejor manera de garantizar la paz internacional, sostenía, consistía en difundir los valores propios de los Estados Unidos, exportarlos por todo el mundo para crear un orden internacional a su imagen y de acuerdo con sus intereses. El ideario wilsoniano, sin embargo, fue rechazado por el propio Senado norteamericano. Pudo más, en ese primer intento, la tradicional repulsa de la opinión a los compromisos y alianzas internacionales, asociados a la imagen negativa de una Europa enredada en continuas luchas de poder. No se renunció por ello a la idea, profundamente estadounidense, de que la mejor forma de defender la paz y la estabilidad internacional consiste en la promoción de lazos comerciales, los intercambios de ideas y la cooperación internacional, es decir, en crear las condiciones de una sociedad internacional abierta en la que los productos y los valores estadounidenses debían naturalmente imponerse a los de los demás. El wilsonianismo sufrió una derrota, pero ganó la partida de la promoción a escala internacional del sistema liberal-capitalista, que se convirtió en el nuevo contenido del excepcionalismo norteamericano y en la nueva frontera del siglo xx.

El giro wilsoniano permitió dotar a su política internacional de una cobertura justificativa que, en opinión del autor de este libro, sirvió para aliviar tensiones tanto dentro como fuera de sus fronteras. Los debates en el interior no desaparecieron por ello, pero la clase dirigente estadounidense encontró en este ideario un firme apoyo para sus proyectos de expansión. En el exterior, el wilsonianismo se hizo muy popular por el deseo de las poblaciones europeas de superar unas prácticas de política internacional que habían conducido al desastre de la Gran Guerra europea, aunque también influyeron las campañas de propaganda que la administración estadounidense orquestó para aumentar su prestigio entre la opinión pública internacional.

Este libro deja bien claro el distinto uso que se puede hacer de los mismos principios ideológicos, según la coyuntura y los intereses de cada momento. Las invocaciones ideológicas y los valores proclamados sirven, en todo caso, de cobertura a una política exterior necesariamente basada en la defensa de los intereses nacionales. Algo similar ocurre, como lo demuestra el autor, con los estereotipos y las imágenes dominantes respecto a Europa, y a España en particular: lo mismo podían servir para una política de promoción de la democracia que para la aceptación resignada de regímenes dictatoriales. La diferencia del comportamiento estadounidense reside, probablemente, en que su cultura política es alérgica a la expresión descarnada de las políticas de potencia, lo que obliga a hacer un esfuerzo mayor en la justificación moral de sus intervenciones en el exterior. Además, su sistema político instituyó desde el principio un cierto control democrático de la política exterior, a través del papel que asume en ese dominio el Senado, y en consecuencia los responsables de la política exterior deben necesariamente justificar con razonamientos ideológicos aceptables por la opinión pública las acciones

emprendidas en el exterior. Algo que puede juzgarse desde otros lugares como puro cinismo, pero que tiene su traducción práctica en los intensos debates que se producían en la sociedad norteamericana en torno a su papel internacional y las razones de sus intervenciones en el exterior.

Para explicar esas paradojas y contradicciones, el autor distingue tres planos evolutivos de la política exterior estadounidense en ese camino discontinuo hacia la supremacía internacional. El plano político-estratégico, el económico-comercial y el ideológico-cultural, cada uno con su propia lógica, con sus propios objetivos y relevándose en el papel protagonista según la coyuntura y los intereses dominantes en cada momento. El primero, naturalmente, se imponía a los otros cuando las necesidades estratégicas eran urgentes, y se acompañaba de un estrecho control gubernamental de todas las actividades exteriores de la nación. El apoyo decidido a la propagación del comercio y de las empresas norteamericanas siempre estaba presente, pero adquiría preponderancia cuando las circunstancias imponían la abstención política o no existían amenazas a la propia seguridad. El plano ideológico, dirigido tanto a la opinión pública nacional como internacional, siempre se cuidó con especial atención, manteniendo una imagen de país defensor de la paz y del derecho internacional aun cuando Norteamérica intervenía militarmente en conflictos lejos de su espacio de seguridad. El pragmatismo, en todo caso, se imponía y era capaz de unir la defensa de los principios, convenientemente reinterpretados, con la búsqueda del interés nacional más inmediato.

Esa mezcla de diplomacia moral, imbuida de buenas intenciones, y de realismo político cuando se consideraba en riesgo la propia seguridad; de superioridad ética y de defensa descarnada de los intereses nacionales; de proclamación de un ideario pacifista y de intervenciones continuadas en el continente americano y en el Pacífico; de abstencionismo en el juego de alianzas europeo y de participación repentina en una guerra en la que no estaba en juego la propia seguridad; de defensa del libre comercio y de la navegación abierta, al tiempo que se presionaba y chantajeaba a los neutrales como España cuando el país pasaba a ser un beligerante más; todo ello caracterizaba la política de la nueva potencia en ascenso. Esta combinación de comportamientos contradictorios es la que se aclara en este libro, dejando al descubierto una estrategia que combinaba principios e intereses en un ideario internacional que se ha mantenido con gran éxito a lo largo de todo el siglo xx.

El proceso lento, con altibajos, de ascenso a potencia global, cuando ya desde finales del xix los Estados Unidos habían demostrado tener la fuerza y los recursos necesarios para ejercer el papel de líder en el sistema internacional, se comprende mejor estudiando el caso español en un contexto europeo. No en balde los españoles fueron los primeros en experimentar, en la guerra de 1898, lo que el autor denomina «los primeros compases de una nueva etapa en la política exterior norteamericana, cuyas manifestaciones llegan hasta la actualidad». Allí demostró su voluntad irrenunciable a ejercer el papel de árbitro y líder del Hemisferio Occidental, pero también comprobó que su poder militar podía aplastar con facilidad a una vieja potencia europea. A partir de entonces las intervenciones estadounidenses se extenderían por toda América Latina, por Extremo Oriente y finalmente por Europa, en un proceso intermitente y complejo que este libro analiza en profundidad y que es necesario conocer para comprender las peculiaridades de la hegemonía estadounidense en el siglo xx.